

Mujer de Hoy: Mujer Tri-Violentada

Los medios de comunicación actuales –*mass media*–, nos bombardean con noticias de violaciones, agresiones sexuales, malos tratos... que afectan a las mujeres. Parece ser que el tema «vende» y, gracias a ello, por fin la opinión pública se ha hecho eco de uno de los problemas que arrastra nuestro sexo desde que el mundo es mundo, o al menos desde que es tal y como lo conocemos. Eso está muy bien y, sin duda, nos ayudará a que parte de la justicia nos deje de considerar culpables de las agresiones, a las que se nos somete, castigando a los agresores y no a las víctimas, como viene sucediendo hasta hoy. Sin embargo, la agresión no sólo recae sobre las mujeres en tanto que sexo, ya que, si fuera de este modo, nuestro problema estaría en vías de solución, equiparándose con cualquiera de los delitos que recogen los distintos códigos que normativizan la justicia, de tal que, y a pesar de lo cual, las mujeres «sólo» seríamos violentadas por doble partida: como seres humanos, es decir sufriendo las mismas agresiones que sufren los hombres –que las sufrimos– y en tanto que sexo: violaciones, abusos, malos tratos, etc. Sin embargo, si profundizamos en el problema, observamos que este tipo de agresiones sexuales no son sino un efecto, una consecuencia, de una agresión mayor: la agresión al género de las mujeres –es decir, al «constructo» cultural e ideológico que nos diferencia a unAs de otrOs–, a la que estamos sometidas desde que el patriarcado tomó las riendas del poder –según el marxismo– con el fin, tal vez, de hacer prevalecer unos valores, característicos de los varones, que han ido determinando las fórmulas, adoptadas por las culturas más representativas que pueblan el planeta, para resolver los distintos conflictos: la agresión y, su expresión máxima, la guerra.

Esta agresión, de género contra género, se ha perpetrado mediante el *silenciamiento* y el descrédito de la palabra emitida por las mujeres. Hemos sido silenciadas hasta el punto de ahogar cualquier alternativa posible que partiera de nuestro modo de entender el mundo, las relaciones, etc. Así, el *silenciamiento* adquiere dos vertientes: efecto de marginalidad y causa cuyo efecto se manifiesta en agresión sexual para permanentizar el miedo a «levantar la voz», para garantizar la anulación de nuestro hacer y decir.

Efectivamente, la mayor parte de las veces que se emparentan los términos MUJER-VIOLENCIA, nos sobrevienen imágenes de agresiones perpetradas por psicópatas o por elementos varones que actúan como verdugos desde la posi-

ción de víctimas de un sistema social desigual, insolidario e injusto, que minimiza –e incluso les inmuniza contra– la responsabilidad plena de sus actos. Sin embargo, la relación del binomio MUJER-VIOLENCIA hace referencia a aspectos más complejos, estando prendido al entramado de una red en la que se entrelazan cuestiones antropológicas, filosóficas, sociales, económicas, lingüísticas, religiosas, epistemológicas, etc., que envuelve un problema de fondo: el ejercicio de un Poder, violento por naturaleza, que busca la subyugación de la disidencia para garantizar su permanencia. Esto es así, en el caso de las mujeres, ya que no hay área, ni momento histórico recuperable, en el que no hayamos sido violentadas por aquellos con quienes compartimos la aventura del día a día vital –excluyendo los primeros momentos de la existencia humana–, pues bien cierto es, y no por casualidad, que no se acierta a perfilar el papel social y jerárquico que jugaron las «evas-antropoides» en una sociedad por muchos definida como matriarcal ya que, como señala Henrietta C. Moore, en relación a la teoría de los *grupos silenciados* de Ardener: «...a tenor de la cual los grupos socialmente dominantes generan y controlan los modos de expresión imperantes. La voz de los grupos silenciados queda amortiguada ante las estructuras de dominio.»¹, de tal que, al estar la Antropología en manos de varones, la visión que del pasado más remoto tenemos estará, en buena parte, distorsionada por el ojo –o la metodología– viril que la haya contemplado. Así pues, la chanza popular sobre la imagen de la troglodita apaleada y enganchada por los pelos, como fórmula de seducción para ser arrastrada hasta la cámara nupcial, no se nos aparece como un histrionismo inocente; por el contrario, tal visión, chistosa visión –como otras tantas– no hace sino patentizar un deseo de agresión latente, del macho hacia la hembra, como consecuencia de aquel otro, no expresado, para garantizar la supremacía del género masculino hacia el género de las mujeres, que se convierte, a su vez, en consecuencia, más grave aún si cabe, de la implantación de una jerarquía de valores determinados: los de los hombres.

Una buena prueba de la bipolarización, que subyace en el *silenciamiento* que se cierne sobre las mujeres, es la equiparación histórica del término «hombre» con «humanidad». Según Patricia Violi: «Con la asimilación en una sola palabra, lo masculino coincide con el genérico de la especie, pero manteniendo, en un nivel semántico, toda la ambigüedad de su doble nivel de significado [...]. Como siempre las expresiones lingüísticas no son inocentes expedientes gramaticales, sino formas que caracterizan nuestra percepción de la realidad y su construcción simbólica.»²

Es evidente, por tanto, que la forma de violencia más brutal, patente e innegable, ha sido y sigue siendo relegar la existencia de las mujeres no sólo a un

1 Moore L., H: *Antropología y Feminismo*. Traducción castellana de J.García Bonafé. Madrid, Cátedra, 1991, p. 15.

2 Violi, P.: *El infinito singular*. Trad. castellana de J.L. Aja, C. Borra y M. Caffaratto. Madrid, Cátedra, 1991, p. 69.

plano secundario, marginal, sino, en la mayor parte de los casos, a la negación de su propia existencia, al vacío.

Esta forma de violencia, el *silenciamiento*, ha tenido repercusiones bastante graves, a nuestro juicio, no sólo en lo que a las mujeres se refiere, sino en el tipo de sociedad que se ha construido donde la guerra y la agresión al medio ambiente aparecen como problemas insolubles que nos conducen, cuanto menos, a la incertidumbre del futuro, siendo bastante difícil la articulación de alternativas dentro de un sistema en el que la agresión y la violencia, emparentadas intrínseca y extrínsecamente al macho-varón –como más adelante demostraremos–, han jugado el papel de motor de la historia, en tanto que han sido utilizadas como solución unívoca en los conflictos sociales, territoriales, etc. siendo, incluso, concebidas como herramientas de progreso. Así, con la negación, con el *silenciamiento* de las aportaciones de las mujeres en el devenir histórico, se está impidiendo la gestación de nuevas fórmulas, de nuevos enfoques y metodologías, desemparentadas de aquellos valores que se tornan irreversibles en el momento de atajar sus consecuencias. Y es que, en el campo de las ideas, las mujeres nunca hemos estado presentes. Tomemos la filosofía, como ejemplo clarificador, en cualquiera de sus áreas: metafísica, política, teológica, etc... –adelántandonos con la advertencia de que no nos van a servir nombres propios, aislados, de mujeres, como contra-argumentación ya que, invocando, de nuevo, la teoría de los *grupos silenciados* de Ardener: «Las estructuras sociales eminentemente masculinas inhiben la libre expresión de modelos alternativos y los grupos dominados deben estructurar su concepción del mundo a través del modelo del grupo dominante.»³ en ninguna de las cuales se escucha la voz de las mujeres, y donde, mediante el *silenciamiento*, se ha privado a la humanidad, con las consecuencias que de ello se derivan, de las reflexiones llevadas a cabo por *esa otra parte* de sus componentes que, sin duda, algo tuvieron que pensar y decir.

Desde los primeros padres de la cultura occidental, Platón y Aristóteles (recordemos que para los griegos, la persona que no participaba en política era idiota y que esta participación, en la vida activa de la polis, les estaba prohibida a las mujeres quienes sólo podían intervenir, las más privilegiadas, en algunas parcelas de la administración del hogar –ello, todavía hoy, nos resulta familiar–), interpretados y difundidos por los «Padres» por excelencia, los escolásticos –con las implicaciones religiosas y sociales sobre la conceptualización explícita de la mujer: objeto de sacralización (por cierto, sin alma, pues ésta nos fue reconocida varios siglos después del comienzo de la era cristiana) en tanto que madre, o de perdición en tanto que corruptora de hombres–, pasando por cualquiera de las corrientes filosóficas más relevantes y, dentro de éstas, de los nombres propios más representativos: Descartes, Kant, Rousseau, Hobbes, Locke, Wittgenstein, etc. y una larga lista de la que sólo podríamos excluir

3 Cfr. H. Moore. *Ibid.* p.15 y ss.

algún nombre propio de varón –tal es el caso de J. S. Mill, manifiestamente influido por el feminismo de su compañera, la Sra. Taylor–, no sólo se ha hecho uso del genérico «hombre» para referirse al conjunto de una humanidad en la que las mujeres nada contamos –a pesar del empeño de algunos hermeneutas, sin duda bien intencionados, por demostrar lo contrario–, siendo claramente excluidas de la «universalidad» de su discurso, sino que muchos de ellos pusieron de manifiesto su inequívoca misoginia, o paternalismo, y, otros tantos, hicieron referencia concreta y puntual a dicha exclusión del genérico «hombre» a quien, incluso, le ponen nombre propio, tal es el caso, a modo de ejemplo, de Hobbes, quien nos dice, en referencia al lenguaje: «El primer autor del lenguaje fue Dios mismo, quien instruyó a Adán [Eva también estaba] cómo llamar a las criaturas que iba presentando ante su vista. [...]. Todo este lenguaje ha ido produciéndose y fue incrementado por Adán y su posteridad...»,⁴ confirmándose, así, nuestra tesis.

El marxismo, por su parte, si bien situó las explosiones de violencia humana en un plano social, haciendo referencia expresa a la situación de las mujeres y a las consecuencias que éstas sufrieron con el paso de la poligamia a la monogamia, tal y como explica Engels: «...el primer antagonismo de clases que apareció en la historia coincide con el desarrollo del antagonismo entre el hombre y la mujer en la monogamia; y la primera opresión de clases, con la del sexo femenino por el masculino. La monogamia fue un gran progreso histórico, pero al mismo tiempo inaugura, juntamente con la esclavitud y las riquezas privadas, aquella época que dura hasta nuestros días [y hasta los nuestros] y en la cual el progreso es al mismo tiempo un regreso relativo y el bienestar y desarrollo de unos verifican a expensas del dolor y de la represión de otros.»⁵ a pesar de tomar conciencia ante la opresión, represión y marginación que el patriarcado supuso –supone– para las mujeres, el marxismo tampoco articuló soluciones específicas para la equiparación social plena de éstas, ni arbitró fórmulas que pusieran fin a la violentación de un género-sexo sobre el otro, pues al basar sus teorías de revolución social en fines estrictamente económicos –la lucha de clases– olvidó, *silenció*, a esa mitad de la humanidad que ni eran dueñas de los medios de producción, ni participaban –porque no se les permitía– en el engranaje de la producción directa sino de forma secundaria y marginal (la realidad de la situación actual tampoco se ha modificado mucho en este sentido).

Respecto a los filósofos de hoy, finales del siglo XX, el silenciamiento continúa estando presente, asumiéndose, desde la voz de los hombres, posturas cuanto menos oportunistas que, si bien abordan la problemática de la mujer porque el tema hoy «publica», no reparan en prendas para ahogar las voces

4 T. Hobbes: *Del ciudadano y Leviatán*. Prólogo y antología de E. Tierno Galván. Trad. castellana de M. Sánchez Sarto. Madrid, Técnos, 1982. p. 71 y ss.

5 Engels, F.: *El origen de la familia, la propiedad privada y el Estado*, en *Obras escogidas de Marx y Engels*. Vol. II. Madrid, Fundamentos, 1977, p. 235 y ss.

que, desde el feminismo, intentamos encontrar oídos atentos a nuestras reflexiones homologándose, en este sentido, con aquellos criterios utilizados por la ciencia para excluirnos de su campo.

En lo que a la propia ciencia se refiere, aunque la supuesta asepsia epistemológica e indubitabilidad del método «científico» por excelencia han sido duramente criticados desde el seno mismo de la comunidad científica, tal y como señala Chalmers: «Conjuntos de conocimientos [...] son defendidos a partir de la afirmación o el supuesto de que han sido adquiridos por medio de un “método científico” y, por consiguiente, deben tener algún mérito. [...] Las categorías generales de ciencia y método científico son utilizadas también para descartar o suprimir áreas de estudio [...] mi punto de vista es que no hay una concepción intemporal y universal de la ciencia o del método científico [...] No es lícito defender o rechazar áreas de conocimiento porque no se ajustan a algún criterio prefabricado de científicidad. El progreso es algo más complejo que esto.»⁶ Estas mismas voces críticas, cierran filas ante los enfoques metodológicos propuestos por el feminismo tachándoles de subjetivos, difusos y, por tanto, de «acientíficos», y ello es así analizándolo con una buena dosis de benevolencia pues, en realidad, ni siquiera son tenidos en consideración por la comunidad científica produciéndose, también aquí, una agresión de género, ejecutada en base a lo que Celia Amorós viene a denominar *Pacto juramentado*: «... el grupo juramentado, por una concentración excesiva de la tensión sintética de todo él en cada uno de los agentes prácticos que lo constituyen, encuentra un cierto alivio proyectando su unidad práctica –que no es tal sino como esquema regulador de las prácticas individuales de sus miembros– en una unidad ontológica que no puede lograr aunque sería su *desideratum*. Es importante, pues, que esta unidad ontológica no falle, que aparezca, a la vez, como dotada de la estabilidad que la unidad práctica del grupo no tiene y que sea afín u homologable a la unidad práctica deseada para cumplir satisfactoriamente las funciones de mediación requeridas.»⁷, evitando, con ello, cualquier aportación de utilidad para la solución de problemas –fin último de la ciencia moderna– que no parta del «grupo juramentado» de científicos varones –o con metodologías afines– que componen la comunidad científica, incluso en aquellas áreas donde ésta se ha mostrado impotente para aportar solución alguna, tal es el caso de la violencia, en lo que a su conceptualización global se refiere, inflingiéndose un nuevo azote de silenciamiento pues, volviendo a Ardener: «Las estructuras sociales eminentemente masculinas inhiben la libre expresión de modelos alternativos y los grupos dominados deben estructurar su concepción del mundo a través del modelo dominante.»⁸

6 Chalmers, A.: *¿Qué es esa cosa llamada ciencia?*. Trad. Eulalia Pérez y Pilar López. Madrid, Siglo XXI, 1988, p. 234 y ss.

7 C. Amorós: «Notas para una teoría nominalista del patriarcado», en *Asparkía*., Publicacions de la Universitat Jaume I de Castelló, 1.992.

8 Cifr. Moore. *Op. cit.* p. 15 y ss.

Tal vez, algunos/as se pregunten si no estamos exagerando al utilizar el término violencia, o si lo estamos haciendo de forma equívoca. Bien, por si se planteara la duda, antes de continuar recogeremos las distintas definiciones que, sobre violencia, contiene la Enciclopedia Larousse:

- Acción injusta con que se ofende o perjudica a alguien.
- Coacción física o moral, ejercida contra una persona para viciar su voluntad y obligarla a ejecutar un acto determinado.
- Obligar a alguien, por medio de la fuerza física o moral, a hacer algo contra su voluntad.
- Manera de actuar contra el natural modo de proceder haciendo uso excesivo de la fuerza.
- Acción de violar a una mujer.

Sin duda, podemos comprobar que el *silenciamiento*, la exclusión a la que ha sido sometido y se somete al género de las mujeres, se adecua, perfectamente, a algunas de las acepciones recogidas.

Pero aún hay más: en la clasificación, realizada por Grundy y Weinstein, sobre los distintos tipos y grados de violencia ideológica,⁹ comprobamos que, efectivamente, la mayor parte de dichos modos y tipos afectan a las mujeres por triple partida: en tanto que seres humanos, en tanto que género y como sexo específico produciéndose, paralelamente, otra nueva agresión desde la concepción de la obra misma ya que, nuestros autores, no tuvieron en consideración recoger, siquiera, la especificidad de la violencia sexual practicada sobre las mujeres, la cual, en muchos casos, ha sido claramente utilizada, incluso reconocida por los varones, como «arma ideológica», sobre todo en las agresiones bélicas desatadas en el denominado *Tercer Mundo*, donde el tabú de la sexualidad femenina y la virginidad sigue jugando un papel de *calificador* social –en la actualidad, contamos con el doloroso ejemplo de las violaciones sufridas por las mujeres bosnias, producido durante la guerra de la extinta Yugoslavia, que todavía persiste. Así mismo, Grundy y Weinstein, «olvidan» señalar aquellas teorías que indican que la agresividad se desencadena en los varones más que en las mujeres y, en cualquier caso, de forma más virulenta, mientras que no manifiestan ningún prurito en nombrar a las mujeres cuando hablan de «la violencia personal», recogiendo las teorías de N. Mailer para quien los actos violentos son equiparables entre hombres y mujeres: «La violencia personal es “un acto de violencia perpetrado por un hombre o una mujer contra otros hombres o mujeres” y está creada por la violencia social como su antítesis».¹⁰ Naturalmente, no hacen «distingos» entre cómo y de qué manera se ejecuta esa violen-

9 Grundy, K. y Weinstein, M.: *Las ideologías de la violencia*. Trad. castellana de Stanley y Rosario Burda. Madrid, Tecnos, 1976

10 *Ibid.* p. 103.

cia, y quiénes contra quiénes la ejecutan, según sean los sexos-géneros enfrentados –el caso de Grundy y Weinstein es arquetípico de los trabajos desarrollados por varones sobre este tema. Otra de éstas obras, realizada por A. Storr desde el paradigma del psicoanálisis, llega aún más lejos; en ella, se afirma que buena parte de las conductas psicopatológicas, relacionadas con la violencia, se deben a la temprana separación del bebé y la madre, por supuesto no destaca, ni hace referencia, a la imagen que el padre, presente o ausente, pueda representar en la criatura, como tampoco señala los diferentes grados de agresividad que alcanzan niños y niñas sometidos/as a idénticas situaciones. Así, no sólo no identifica a las mujeres como objeto de agresión específica sino que nos convierte en sujetos causantes, en potencia, de dicha agresión.¹¹

Algo parecido sucede en el campo de la etología –a la que también apelan Storr, Weinstein y Grundy– y a su aplicación en la investigación antropológica, pues si bien etólogos y antropólogos son capaces de homologar conductas animales y humanas, ninguno parece dispuesto a considerar conclusiones que beneficien a las mujeres dentro, por ejemplo, de la estricta moral que sobre el comportamiento sexual pesa sobre nosotras, o que aporten luz sobre la especial virulencia que exhiben los machos humanos en sus agresiones hacia las hembras ya que, en el reino animal, es muy bajo el umbral de agresividad que los unos desencadenan sobre las otras. En este sentido, observamos que las explosiones de agresividad más cruentas se dan entre los propios sexos y muy especialmente entre los machos, cuyas agresiones suelen estar motivadas por causas tales que: jerarquía, territorialidad y rivalidad sexual. Es interesante, a este respecto, el trabajo efectuado por Eibl-Eibesfeldt, en su libro *Guerra y Paz*,¹² en el cual, además de compilar, de forma crítica, trabajos de eminentes etólogos –Lorenz entre ellos– y antropólogos, da cuenta de los diferentes trabajos de campo realizados sobre los bosquimanos del Kalahari y del Africa sudoccidental,¹³ en los que destaca el tipo de organización social de la etnia Khu, famosa por su pacifismo, transgredido sólo por causas territoriales, que es atribuido, en buena parte parte, a su organización social no sexista en la que no se imparte, de ningún modo, malos tratos ni forma de violencia alguna en el seno de la propia tribu. Eibl-Eibesfeldt, en sus conclusiones finales, donde avanza fórmulas para acceder a una pacificación de esta sociedad nuestra, ni recurre a la ausencia de sexismo en los Khu, ni alude a las agresiones de las que las mujeres somos únicas víctimas; agresiones, en su doble especificidad –de género y sexo– tan universalizables como las haya (no olvidemos que somos el cincuenta por ciento de la humanidad), pero hacia las que desde ningún área de conocimiento se muestra interés alguno, incurriendo, de este modo, en el agravamiento de la

11 Storr, A.: *Sobre la violencia*. Trad. castellana de Rolando Hanglin. Barcelona, Kairós, 1973, p. 89 y ss.

12 Eibl-Eibesfeldt, I.: *Guerra y Paz*. Trad. Castellana de Rosa P. Blanco, Barcelona, Salvat, 1987.

13 *Ibid.* p. 149 y ss.

violencia generalizada ya que el *silenciamiento*, la omisión de la evidencia, no hace sino confirmar, de nuevo, nuestra tesis.

De tal, que no es de extrañar que dicho *silenciamiento* se produzca porque la violencia «es cosa de hombres» –como rezaba un antiguo eslogan de *brandy*. No se mese nadie los cabellos ante semejante afirmación, ni se recurra a la lamentable y usual descalificación de «radicalismos feministas...» Aquellos y aquellas que duden de nuestra palabra cojan, por favor, un manual de biología, busquen el capítulo adecuado y comprobarán que la testosterona, hormona masculina por excelencia, está directamente relacionada con el grado de agresividad que pueda desarrollarse. Así mismo, el cromosoma Y, que determina el sexo masculino, también parece tener relación directa con la capacidad de agresión, de hecho, la aparición de un doble cromosoma Y, es decir el genotipo XYY, se relaciona con la criminalidad;¹⁴ el genotipo de las mujeres, XX, carece por completo de este cromosoma. Ello no quiere decir que biológicamente no seamos capaces de desarrollar actitudes agresivas ya que varias hormonas, sustancias químicas y determinadas estructuras cerebrales comunes a unos y otras, aparecen comprometidas con la capacidad de agresión; sin embargo, como señala Papalia: «Entre los seres humanos, como en la mayoría de las especies animales, los machos son, por lo general, más agresivos que las hembras (Maccoby y Jacklin, 1974). En casi todas las sociedades del mundo los varones van a cazar y a luchar; en los EE.UU. cometen más crímenes violentos y los experimentos de laboratorio han encontrado a menudo mayor agresividad en los varones que en las mujeres y muy raramente lo contrario (Myers, 1983).»¹⁵ Pero si, incluso, dudan de la bibliografía utilizada, salgan a la calle, lean un periódico o atiendan el televisor; no hace falta que conecten con programas especiales, ni que busquen en la página de sucesos, váyanse, por ejemplo, a la sección deportiva y en ella también hallarán argumentos que fortalecerán nuestros criterios; una simple ojeada les bastará para comprobar que los deportes con mayor carga agresiva son de uso –y disfrute– cuasi exclusivo de varones: –boxeo, fútbol, jockey...–, mientras que en aquellos en los que la capacidad de agresión es menor se da una participación activa y equivalente de mujeres –tenis, atletismo, natación, equitación... Respecto a este país nuestro, la fiesta de los toros habla por sí misma.

Pero no vayan a tergiversar nuestros argumentos. A pesar de entender que los hombres están biológicamente mejor dotados para agredir, no participamos del determinismo biológico, inclinándonos hacia la influencia que el medio ambiente ejerce sobre la emergencia de determinadas conductas y actitudes, considerando que, a través de la educación, se pueden paliar, e incluso silenciar –tenemos experiencia de ello– cualquier «inclinación» biológica; aunque, claro, si

14 Suzuki, D. y Knudtson, P.: *Genética*. Trad. castellana de José Sanmartín y Marga Vicedo. Madrid, Tecnos, 1991. Cap. 6, p. 126 y ss.

15 Papalia, D. E. y Wendkos Olds, S: *Psicología*. México, Mc Graw-Hill / Interamericana de México, 1988, p. 339

remittimos al sistema educativo, a los medios de comunicación social y a la familia, en su estructura actual, el problema no sólo no se resuelve sino que se agudiza y complejiza, pues estamos aludiendo a un caldo de cultivo, idóneo para el desarrollo de la violencia, en el cual las conductas agresivas de los varones no están penalizadas sino que, por el contrario, se estimulan y premian. Así, las posibilidades de acceder al triunfo social, al éxito, son directamente proporcionales a la capacidad de lucha y competitividad salvaje que pueda desarrollar un sujeto y aquellas otras capacidades, tradicionalmente señaladas como «femeninas»—sensibilidad, comprensión, flexibilidad, adaptabilidad, etc.—, son duramente penalizadas, quien quiera que sea el sujeto—hombre o mujer— que las manifieste. Y es que al hablar de escuela,¹⁶ familia,¹⁷ sociedad¹⁸ y medios de comunicación¹⁹ estamos haciendo referencia a las estructuras de las que se ha dotado el Poder—de los varones—para asegurar su permanencia y desde las cuales puede hacer efectivo el silenciamiento «sobre» y «de» las mujeres—entre otros grupos potencialmente subversivos—valiéndose, en este caso, de una preciosa morada entretejida a través de palabras entre las que ni siquiera está articulada una que designe «aversión a los hombres», aunque sí existe «misoginia» cuyo significado conocerán sin duda; operándose, desde el lenguaje, la doble violencia del silenciamiento y la agresión directa, convirtiéndose, éste, en un eficaz instrumento para la exclusión de la voz de las mujeres en cualquier área de las áreas de conocimiento, al tener una dificultad añadida a la hora de elaborar un discurso propio.²⁰ Sin duda, Hobbes, sabía lo que se decía cuando afirmaba que fue Dios—sujeto varón por excelencia, en este caso divino, claro—quien proporcionó a su semejante, Adán, la capacidad, el poder, de poner nombre a las cosas.

Sin embargo, los valores masculinos están en crisis, no sólo en lo personal, sino en el modelo de sociedad, de mundo, que construyeron a su imagen y semejanza, y donde fuimos reducidas al constreñido papel de madres de «sus» hijos—a ser posible mejor que hijas—y esposas de sus desesperanzas; donde seguimos siendo arrojadas al ámbito de la familia, especie de «campo de refugio» en el que nos ha sido permitido, dentro de los límites de la circunscripción y según fuera el talante del «director del campo» que nos tocara en suerte, movernos a nuestras anchas; en un mundo, su mundo—donde parece ser que ninguno/a somos felices—abocado a la destrucción: los recursos naturales se agotan por un uso y abuso salvajes, los pobres son cada vez más numerosos y más pobres, los ricos son cada vez más ricos pero menos numerosos, las guerras no

16 Moreno, M.: *Cómo se aprende a ser niña: el sexismo en la escuela*, Barcelona, Icaria, 1986.

17 Saltzman, J.: *Equidad y género*. Trad. castellana de María Coy. Madrid, Cátedra, 1992, p. 56 y ss. Calle Fuentes y otras/otros: *Discriminación y acoso sexual en el trabajo*. Madrid, Largo Caballero, 1988.

19 Varios: *La mujer en la publicidad*. Ministerio de Asuntos Sociales.

20 Cfr. Viol. Op. cit.

sólo no acaban sino que cada vez se cobran más víctimas, la caída del muro, el fin de la guerra fría, la homogeneización ideológica a la que se tiende, no parece ser suficiente para poner fin a unos conflictos que se han ido agudizando con el paso del tiempo, conflictos que –como el de la pobreza de solemnidad– han sido simplemente desplazados, no resueltos; un mundo, en fin, donde las palabras justicia y solidaridad han adquirido un «IN» –insolidaridad, injusticia– inseparable, trastocándose, la primera, en arbitrariedad y en caridad la segunda.

Así las cosas, tal vez les haya llegado el momento de escuchar a la parte silenciada, de guardar esa «energía» orientada, utilizada en acallar a las mujeres, y reflexionar sobre la experiencia acumulada por nosotras a lo largo de miles de años de marginación y oscurantismo, a pesar de lo cual hemos sido capaces no sólo de sobrevivir, sino de emerger con fuerza como portadoras de unos valores tanto ideológicos como humanos. Sin duda, ser mujer hoy, sin más, no signifique nada, no presuponga una alternativa concreta de grupo juramentado porque todavía no se ha establecido el pacto, ni se ha sellado compromiso alguno... Sin embargo, a la vista está, el hecho de que algunas mujeres se hayan abierto, a codazos –no podía ser de otro modo–, un resquicio en los órganos de decisión del poder ha servido de modelo para que otras muchas intentaran imitarlas; el hecho de que muchas mujeres se hayan rebelado ante un destino otorgado antes, incluso, de nacer, ha provocado una convulsión en los «valores masculinos» que se prometían eternos. Ser mujer, no supone la garantía de que el mundo vaya a cambiar a mejor; tener conciencia de serlo y actuar en consecuencia: sí. Porque nosotras, las mujeres conscientes de nuestro destino, hemos sido capaces de inventarnos los cimientos sobre los que construir un nuevo día a día. Los hombres, nacieron con ellos; su misión sólo consiste en fraguar, con más o menos oportunidad –dependiendo de la clase social a la que pertenezcan, con más o menos talento, con mayor o menor carga agresiva, la estructura que les sirva de soporte para sujetar el techo por ellos fijado. Las mujeres, sin embargo, tenemos que reinventarnos nuestra estructura, nuestro proyecto de existencia, cada momento, en cada situación, integrando la posibilidad del error, asumiendo la posibilidad de tener que modificar las estructuras porque los materiales utilizados no sean los adecuados, o de tener que apuntalar, permanentemente, aquí y allá para aguantar los embates que constantemente intentan derribarnos, y todo ello sin garantía de poder llegar al final de la obra con dignidad, sin la certeza de que nuestra tarea, nuestro esfuerzo, trascenderá el espacio de la quimera. Los hombres, en definitiva, han construido su existencia desde el absoluto, desde la seguridad que les otorga vivir en un mundo creado a su imagen y semejanza. Nosotras, las mujeres con conciencia de serlo, hemos comenzado a construir el nuestro desde la duda, desde la observación, desde la extrañeza, desde el compromiso y la renuncia, descubriendo nuevos lugares desde donde contemplar la realidad que nos han posibilitado la adquisición de nuevos enfoques. Por ello, las mujeres con conciencia de serlo, deci-

mos que ya ha llegado el momento de afianzar estos nuevos conceptos, de ampliar y transformar el lenguaje, de asumir, de una vez y para siempre, que existen campos epistemológicos propios que aún no han sido experimentados y que pueden aportar soluciones efectivas a los problemas más urgentes que asolan este mundo, en el que todas y todos vivimos, y que por ello reivindicamos lugar, voz y palabra. Tal vez, este sea el momento propicio para que los varones decidan escuchar, por fin, a las mujeres, para que recojan esa forma «nuestra», la subjetiva, la difusa, la que tanto y tan duramente ha sido criticada, de entender la vida, los afectos, las relaciones, el trabajo, la política, la sexualidad, la educación, la ciencia, la filosofía, la historia, la economía..., y hagan de ella un bien común. Tal vez, nos hagan sitio a su lado, voluntariamente, sin necesidad de obligarnos a clavarles el codo para que se den cuenta de nuestra presencia, obligándonos a recurrir a la fuerza, único método que, por suyo, entienden y aceptan. Tal vez, sea este el momento de decir a los varones que su violencia, la ejercida por triple partida contra nosotras, ha tenido efecto *bumerang* y se ha vuelto contra ellos mismos. Sólo hay un problema: siguen haciendo oídos sordos a nuestras voces, siguen silenciando nuestra palabra. Por ello, este es el momento de gritar más fuerte, de escribir con mayúsculas nuestras consignas, de escarbar con más ahínco el agujero por donde pretendemos sacar la cabeza y denunciar, donde quiera que tengamos oportunidad de hacerlo –creando los foros adecuados y manteniendo los existentes–, nuestra situación en un mundo injusto, violento e insolidario –del que ellos mismos sufren las consecuencias–, nuestra especial situación en tanto que objetos de agresión a nuestro género y a nuestro sexo –que ellos mismos fomentan–, porque, de no hacerlo así, seremos tan responsables como ellos de que su silenciamiento siga siendo nuestro principal azote.

Hasta este siglo, las mujeres carecíamos de instrumentos para cortarnos las ligaduras, para arrancarnos la mordaza. Ahora no. Ya contamos con las herramientas, sólo nos queda poner manos a la obra y ayudar a reparar las cañerías de este mundo que «hace aguas» por todas partes.